

BODAS DE CANÁ [276]

Meditación – 2024

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, son un itinerario, un camino. No son meditaciones aisladas entre sí. Cuando San Ignacio nos presenta sus meditaciones quiere que recorramos un camino con él. El camino hacia el Cielo. Nosotros vamos siguiendo sus pasos, porque él ha querido caminar delante de nosotros los caminos que nosotros vamos a seguir.

Hoy viajamos, porque la Sagrada Escritura nos permite realmente viajar. Los acontecimientos que ocurrieron hace 2000 años, se hacen presentes, vuelven a hacerse reales hoy gracias a la liturgia, donde entramos en la eternidad. Cuando el Evangelio es proclamado en la Santa Misa y cuando estamos leyendo la Sagrada Escritura ante el Sagrario, esos acontecimientos del pasado, Cristo los hace presentes; por eso podemos realmente viajar: nos vamos a lugares muy dolorosos como son el Calvario, Getsemaní, las tentaciones en el monte, o nos vamos a lugares muy gozosos como los paseos en barca con el Señor. Hoy, por ejemplo, nos vamos a ir de boda. Nos vamos a Caná de Galilea: no confundamos con Canaán, que es toda la región de Israel. Caná es una ciudad muy concreta, pequeña, que está a 8 km de Nazaret. Las bodas de Caná; nos vamos de fiesta, arréglense.

Comenzamos, como en todas las meditaciones, con la sálita oración de San Ignacio:

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

En los ejercicios es mucho más importante que lo que nosotros nos ejercitamos, el ejercitarse en abrir las manos, en pedir, en confiar, en suplicar, y es lo que pedimos en esta oración. Pedimos el Principio y Fundamento:

[23] El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor... y las otras cosas...

y todas las demás cosas son relativas.

Muchos Santos han tenido siempre una calavera que nos recuerda la muerte. Nos recuerda que un día todas las cosas que ahora nos importan: la salud, la belleza, la fama, el dinero; no nos van a importar, porque estamos hechos para el Cielo. Aunque un día vamos a resucitar, es lo único seguro (la muerte). Por esto en los Ejercicios Espirituales es bueno

meditar en estas cosas, nos ayudan a poner las cosas en su sitio. Claro que nos importa la salud, claro que nos importa el dinero, la belleza, la fama, pero en su lugar adecuado en nuestra jerarquía de amores, de preferencias, de afectos; para eso son los Ejercicios, para ordenar los afectos de nuestra vida.

Después de pedir esto general, que es vivir el Principio y Fundamento, hay unas oraciones particulares. En estas primeras meditaciones de la vida oculta del Señor y del comienzo de la vida pública pedimos:

Petición:

[104] ...conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Eso pedimos, no saber muchas cosas de Jesús, sino que pueda ayudar a que conozcamos las cosas del Señor. Después de escuchar la meditación, uno tiene que pedirle al Señor que la haga penetrar en el corazón. Yo no puedo más que penetrar en las mentes de ustedes. Son ustedes los que han de pedirle al Señor que Él haga que todo lo que vamos aprendiendo cale y llegue al corazón.

Vamos a Caná, donde el Señor va a realizar el primero de sus milagros, según nos dice San Juan. Él no los llama milagros, los llama *signos*. Los evangelios nos narran 27 milagros que ha hecho el Señor. No es del todo seguro, porque hay algunos que piensan que Jesús hizo una sola multiplicación, y que lo que hacen los evangelistas es contarlas dos veces. Parece evidente que son dos multiplicaciones, son muy diversas, una para paganos y otra para judíos.

Los escrituristas piensan que hay alrededor de 27 milagros que nos hablan de curaciones, de enfermedades, de cojos, de ciegos, de leprosos, de paralíticos, resurrecciones. Jesús, que sepamos, ha realizado tres resurrecciones: la resurrección de la hija de Jairo, la resurrección del hijo de la viuda de Naín, la resurrección de Lázaro. Y luego, por supuesto, su propia Resurrección y la que un día realizará en todos nosotros.

Hay milagros también de naturaleza, es decir, en el que Jesús manifiesta no solo su poder sobre los demonios, que son exorcismos sobre las enfermedades, sino sobre los elementos de la naturaleza; seca una higuera o manda parar la tempestad de modo milagroso. También hay multiplicación de panes, etc. Hoy vamos a ver cómo va a convertir el agua en vino.

San Juan conoce los tres evangelios sinópticos, que tienen una misma óptica. Él es muy original y no tiene una misma visión, sino que tiene un orden completamente diferente a los de Mateo, Marcos y Lucas, pues San Juan elige siete milagros, siete signos, y cinco de ellos son originales, no los cuentan los demás evangelistas. Tenemos primero el que vamos a ver hoy: el milagro de las bodas de Caná. Tenemos otro milagro en Caná, que es la curación del hijo del funcionario, que el evangelio de San Juan explica con mucho más detalle, también la curación del paralítico de la piscina probática o de Betesda, y una de las multiplicaciones de los panes, nos cuenta San Juan. Además, tenemos a Jesús caminando sobre las aguas, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro. Siete.

San Juan selecciona siete porque nos está diciendo que Jesús está haciendo una nueva Creación. En el Apocalipsis nos dirá: «Yo hago nuevas todas las cosas». Él parte de la realidad de la vida del Señor, pero la cuenta con muchísima simbología. También acude a la simbología cuando dice: «al tercer día...», y uno se puede preguntar ¿de qué tercer día está hablando? Bueno, en los dos primeros capítulos San Juan nos va contando acontecimientos: «al día siguiente», «al día siguiente», «al día siguiente», y entonces nos podemos dar cuenta de que el milagro de Caná lo coloca San Juan en el séptimo día, es decir, el descanso.

Empieza contando el primer día lo que Juan habla con los fariseos; luego el segundo día, cómo señala el Cordero de Dios; el tercer día, la llamada de Juan y Andrés; el cuarto día, la llamada de Felipe; el quinto día parece que es el llamamiento de Natanel y el séptimo día, es decir, a los tres días, 4 y 3 son 7; al séptimo día, Jesús se va de boda, se va a descansar. Y en ese descanso, no es no hacer nada, sino adelantar el descanso eterno al que todos estamos llamados.

La historia (Jn 2,1-12).

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: “No tienen vino”. Jesús le responde: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora”. Dice su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os diga”. Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala”. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: “Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora”. Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.

Invitar al Señor.

Había una boda en Caná de Galilea 7 u 8 km de Nazaret. Seguramente estamos en verano, al final de la cosecha que es cuando la gente tiene dinero y puede realizar estas bodas tan largas que se realizan en Oriente donde duran varios días. Jesús entra a las alegrías naturales para elevarlas, entra en nuestra vida y entra en una boda. Es muy importante que a nuestras fiestas invitemos al Señor, no solamente en los momentos de dolor o en los momentos más decisivos, sino también a las fiestas ordinarias. La gente se va de boda y hay que invitar a Jesús, especialmente los novios, que para ellos fue un día decisivo de su vida.

El Señor está en los sinsabores de la vida y el Señor está en las alegrías de la vida, pero las alegrías de esta vida tienen fecha de caducidad. Las alegrías de esta vida son temporales, ocurre muchas veces, y eso nos hace sufrir, que las alegrías se acaban. En esta fiesta se acabó el vino, el vino que Dios no lo ha hecho para los borrachos, es un signo de alegría, de plenitud. Este acontecimiento nos viene a decir que todos experimentamos que las

alegrías se acaban; los hijos crecen, se van de casa; los esposos, las esposas, mueren; los amigos viajan. Experimentamos el fin de muchas de nuestras alegrías y de muchos sinsabores de la vida. Por eso es muy importante que Jesús esté invitado en nuestra vida.

Invitar a Nuestra Madre.

La madre de Jesús estaba allí. ¡Qué importante es invitar a María! María es la que, de un modo asombroso para nosotros, logra este milagro que no estaba, hablando en lenguaje humano, “previsto” por el Señor. No tenía pensado hacerlo.

Ahí estaba la Madre de Jesús. Juan nunca llama a María por su nombre, siempre la llama con títulos importantes que no son nada despectivos contra lo que pueda parecer: «*la Madre de Jesús*» o como vamos a ver, «*Mujer*».

María, invitada atenta

La Sagrada Escritura empieza con una boda, la de Adán y Eva; termina con una boda, la del Cordero que se desposa con la Iglesia. Aquí estamos en esta boda que nos va a hablar de la esposa que es la Iglesia, el esposo, que es Cristo; pero hay una mujer que de un modo misterioso va a hacer de esposa y es María Santísima, aunque sea la Madre de Jesús, porque es el símbolo de la Iglesia que va a salir al principio del Evangelio según San Juan capítulo 2, y va a salir al final en el capítulo 19, al pie de la Cruz. María siendo madre se va a convertir, en cierto modo, en “esposa” como vamos a ver.

Cuando Jesús llega a Caná de Galilea, María ya está ahí. Es muy posible que fuera la boda de algún familiar, de algún conocido. María está ahí como se hace en los pueblos que todo el mundo ayuda. María está ayudando, con su veteranía. Ya es una mujer que rondará los 50 años, los 40 y muchos.

María está ahí atenta. María no está “chismoseando”. María no está mirando cómo viste cada uno. María está atenta a lo verdaderamente importante, como hace una madre. Así María está en nuestras vidas. José no está. Nuestro queridísimo patriarca San José ya no es citado porque parece ser que el tránsito ha ocurrido ya. San José ya está en el Cielo y es la razón por la cual María está sola.

Aparece Jesús y sus discípulos, es muy bonito ver como ya no se concibe a Jesús separado de su Iglesia. Jesús llamado de sus pastores, de los que Él va a erigir en sacerdotes. *No es separable ya Jesús de la Iglesia.* No se puede invitar a Jesús a una boda, no se puede invitar a Jesús a la alegría de nuestras vidas sin la Iglesia. Sus discípulos también estaban invitados a la boda.

Estas bodas son largas, 7 días para las novias vírgenes. Las viudas tenían bodas más cortas, de tres días, cuando contraían segundas nupcias. A medida que avanzan los días, ha habido mal cálculo o se ha bebido demasiado, el vino se acaba. Seguramente hay huéspedes inesperados, se ha calculado mal, faltó el vino. No es un drama enorme, pero evidentemente una boda se recuerda siempre, “te acuerdas la boda de fulanita qué bien lo pasamos” ... y cuando falta el vino, no es un drama, pero no deja de ser una mancha, un baldón para estos novios. *María está pendiente de estas cosas pequeñitas.* María está atenta a las pequeñas adversidades de nuestra vida, no solo a los grandes dramas. Por eso es importante que esté

invitada en nuestras vidas. Así que María atenta, audaz, va a Jesús y le presenta simplemente la queja. No le dice lo que tiene que hacer, no le dice “vete a comprar”. Simplemente le presenta la necesidad: *«no les queda vino»*, les falta el vino, les falta la alegría.

Jesús responde, y esto ocurre en el Evangelio muchas veces, de un modo un poco difícil de explicar. A veces Jesús parece adusto con la santísima Virgen María. Es verdad que la está educando, y eso que María no necesita porque es Inmaculada, no tiene pecados. Pero Jesús siempre está enseñando a su discípula más perfecta que su condición de madre natural, que es muy importante, es inferior a una condición mucho mayor que es la de discípula perfecta. La de aquella que aprende a obedecer incluso cuando no entiende; porque María en muchos momentos no entiende.

La respuesta ciertamente es difícil: *«Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora»*. Sabemos lo que es para San Juan *«la hora»*. La hora va a llegar al pie de la Cruz; es la hora de manifestar quién es, de manifestar que es el Esposo, de redimir a la Iglesia, de salvar. No ha llegado el momento todavía de hacer milagros. Sin embargo, esta respuesta que la podemos percibir como una evasiva con esa respuesta extraña: *«¿qué tiene que ver esto con nosotros...?»*. «¿Qué a ti y a mí?» literalmente sería la respuesta del Señor. Sea lo que sea; porque va acompañada de otro gesto, porque va acompañada de palabras que el Evangelio no menciona, a María no le retrae, sino que ella con toda seguridad acude a los siervos, a los que están encargados de hacer la labor de mayordomos o camareros con una seguridad de que Jesús va a actuar: *«Hagan lo que Él les diga»*.

María intercesora

María, que es discreta, mujer de pocas palabras, realiza estas dos misiones: *presentarle a Jesús nuestras necesidades y llevarnos a nosotros a Jesús*. Vemos que la Santísima Virgen María es el vínculo de unión entre Jesús y nosotros. A Jesús le habla de nosotros, a nosotros nos habla de Jesús. Así que va con la certeza de que Jesús va a resolver el problema.

Me gusta preguntar a los niños ¿quién manda en tu casa?, siempre responden “mamá”. Es verdad. No se trata de mandar, pero es verdad que las mujeres saben mandar sin que se note, saben mandar bien, contra lo que el feminismo actual quiere propugnar y presenta a la mujer como si fuera un nuevo hombre, no. Las mujeres saben lograr sus objetivos cuando son para el servicio de los demás, cuando se trata del amor. Les digo a los niños: “en el cielo manda María”, es decir, María sabe muy bien lo que necesitamos, y Jesús no sabe negarle nada a María, porque Jesús eternamente llamará a María “mamá”, igual que eternamente llamará a José “papá”.

Jesús a San José le da el mismo nombre que le da a su Padre eterno del Cielo: “abbá”, “papá”, “papito”. Igual que la Escritura nos dice de José, otro José, el patriarca, dice el faraón: *«vayan a José y hagan lo que él les diga»*. Esto que se refería a José y que nosotros hoy sabemos leer por la lectura completa de la Sagrada Escritura, porque tiene un mismo autor, sabemos leer que ese “vayan a José” también se refiere a José el carpintero. Pues ahora se nos dice “vayan a Jesús” y todo es por María.

Jesús sigue obedeciendo hoy a José. Jesús sigue obedeciendo hoy a María. María se convierte, como José, en la *omnipotente suplicante*. El Señor no sabe negarle nada a José y a

María y por eso es más perfecta la oración que va a Jesús por María, que la que va directamente a Jesús. Si nosotros le presentamos a Jesús, les explico a los niños, unas manzanas, pues a Jesús le agradan mucho nuestras manzanas, pero las manzanas son imperfectas, pueden tener golpes, pueden tener gusanos, pueden tener manchas... entonces, lo más perfecto es entregárselas a María. Ella las pela, las corta, les pone miel, azúcar y hace una tarta de manzana, se la presenta a Jesús y dice: “mira lo que te ha traído tu hijo”. *María perfecciona, mejora nuestras ofrendas, nuestras peticiones, nuestra oración.* Por eso es mejor ir a Jesús a través de María y de José, que ir directamente a Jesús.

Esta respuesta: *«Mujer, aún no ha llegado mi hora»*, nos hace ver que *somos capaces de adelantar la hora*. Ese es el poder que tenemos. Y ustedes podrán decir: María es Santísima porque es la madre de Jesús, porque su «sí» es muy especial. El «sí» de María se sitúa en la redención objetiva, es decir, María ha conseguido la salvación de todo el género humano. Si nosotros todos nos estuviéramos ahogando y estuviéramos desesperados porque no hay salvación, si viéramos un barco, con razón podríamos gritar de alegría y decir ya hemos sido salvados; es la **redención objetiva**, hay un barco. Ahora falta la **redención subjetiva**, y es que cada uno de nosotros pueda subir a ese barco. Si uno se niega a subir, no está salvado. En cierto sentido podemos decir que todos estamos salvados porque hay un barco, pero falta que cada uno se suba.

Bueno, pues el «sí» de María está al nivel de la redención objetiva, ella es la que ha hecho posible que haya un barco, es la que nos ha traído a Jesús, pero nosotros podemos colaborar en el «sí» subjetivo, es decir nuestro «sí» puede hacer que nosotros nos salvemos y que otros, que ya están salvados porque gracias a María hay un barco, se puedan salvar efectivamente subiendo al barco que es la iglesia y que es la redención.

El «sí» de María hace que sea posible el que la hora sea adelantada. María adelanta la hora, no era la hora de hacer milagros y gracias a María se hace ese milagro.

La Iglesia también intercede

Hay un pasaje que tiene muchos paralelos con este de Caná que es el de la mujer cananea, que no es de Caná sino de Canaán. Es pagana, no es de Israel. Es extranjera, y le suplica con insistencia, -mucho más que la de María- a Jesús que cure a su hija. Jesús le responde también aparentemente con rechazo, como parece que responde hoy a María en Caná, y le dice que *«no está bien dar el pan de los hijos a los perrillos»*. La mujer cananea no se ofusca y sigue insistiendo, y le dice: *«sí, pero, aunque sean las migajas los perrillos las pueden recibir»*. Esto provoca el asombro de Jesús, no había visto tanta fe en Israel: *«Mujer, que se haga como tú dices»*. Alaba: *«dichosa tú la que has creído»*, es lo que se le dice a María y a la mujer cananea. ¿Por qué hago este paralelismo? Porque esta actitud de María, nosotros, aunque no estemos al nivel de María Santísima, no somos inmaculados, no tenemos esa perfección ni esa santidad, pero la mujer cananea también es capaz de adelantar la hora. No estaba previsto que hubiera milagros para los paganos todavía, eso era una misión que realizaría después la Iglesia, y sin embargo esta mujer provoca el asombro de Jesús y adelanta la hora. Así que nosotros, como María, somos capaces de adelantarla.

Ahora, aunque Dios no tuviera “planeada”, esto se dice analógicamente, una cierta ayuda hacia nosotros, *nuestra insistencia; nuestra perseverancia en la oración y sobre todo una perseverancia con María*, puede adelantar la hora. Tanto María como la mujer cananea, son capaces de cambiar los planes de Dios para nuestro bien.

Jesús, gracias a María, realiza este milagro que es un escándalo. Veamos la cantidad de vino, la cantidad de agua que se convierte en vino. Es un milagro raro porque es un milagro que no arregla cosas muy enormes; no es un ciego que no veía y ahora ve, no es un paralítico, no es una resurrección. Es simplemente que una fiesta acabe bien, y sin embargo en estas cosas pequeñas también actúa María, también actúa Jesús y también nosotros podemos pedirselas.

María va a los sirvientes y les dice «*bagan lo que Él les diga*». Había allí colocadas, dice San Juan, «*seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos*». Sin duda todos los Santos Padres han sabido leer en esas seis tinajas de piedra, el Antiguo Testamento. Esas purificaciones que nosotros ya no realizamos porque tenemos agua corriente, porque hemos salido del fariseísmo. Las medidas sanitarias son ahora muy diferentes. Todas estas tinajas, que son para las purificaciones, nos hablan de un Antiguo Testamento, de un agua que se va a convertir en vino, de algo mejor. El Nuevo Testamento completa, explicita, lleva a término, a plenitud, y supera el Antiguo Testamento.

Nuestra colaboración

Nos habla de muchísima abundancia. Son seis tinajas de 100 litros cada uno. El Evangelio dice que miden cada una, dos o tres metretas. Si una metreta son 39 litros, estamos hablando de que, más o menos, cada tinaja es de 100 litros, y son seis... Estamos hablando de 600 litros de vino, muchísimo vino, una exageración. *Dios es exagerado a la hora de bendecirnos, sobre todo si María actúa*. Pero Jesús no realiza sus milagros sin contar con nosotros, Él nos toma muy en serio. Podía perfectamente hacer un milagro de la nada, de la nada crear vino, pero pide siempre nuestra colaboración, pide fe en muchas ocasiones. Pide para multiplicar los panes que haya un niño que dé lo que tiene, que es muy poquito, pero es todo lo que tiene. No fue ninguna tontería que un niño dé cinco panes y dos peces para la multitud. Si no hubiera un niño generoso que da lo poquito que lleva en su mochila, Jesús no hubiera realizado la multiplicación. *Jesús pide nuestra colaboración*. Todas las obras de Jesús tienen este esquema: iniciativa divina, colaboración humana, resultados divinos. Dios quiere darnos vino, pero quiere que nosotros llenemos las tinajas; y entonces hace algo que nosotros, llenando tinajas, no podemos hacer. Dios quiere multiplicar los panes, pide cinco panes y dos peces y hace algo que los hombres no podemos realizar.

Dios quiere hacerse hombre, requiere el «*sí*» de María y hace algo que supera a María: hacerse hombre;

- iniciativa divina
- colaboración humana
- resultados divinos

La colaboración humana, que no es importante, pero Dios la hace imprescindible. «*Llenen las tinajas de agua*» y aquí viene algo que no es propiamente un milagro, pero que considero un milagro mayor que el que hace Jesús y es lograr que los camareros llenen las tinajas hasta arriba, hagan la obra a perfección. Pónganse en el papel de estos servidores, están preocupados, se está acabando el vino, alguien les va a regañar, la gente borracha se va a quejar, algunos a lo mejor se van a marchar. La situación no es fácil. Viene una señora y les dice que ahí tiene un Hijo que puede arreglarle su problema. Y cuando van, este hombre que puede arreglar su problema dice «*llenen las tinajas de agua*» en un tiempo en que no hay agua corriente, en un tiempo en que seguramente tenían que irse al pozo o al río o a la fuente más cercana. En un ratito no se consiguen 600 litros de agua. Dice el Evangelio que «*las llenaron hasta arriba*». ¿Cómo les habría hablado María?, ¿cómo les habría hablado Jesús para que ellos realizasen esa labor a perfección? Piensen ustedes que, si hubieran llenado las tinajas solo hasta la mitad, pues hubieran tenido la mitad de vino, pero *llenan hasta arriba*, entonces van a tener el máximo de vino, el máximo de alegría que es lo que simboliza en este milagro el vino.

Lo bueno siempre está por llegar.

Así que Jesús manda que este vino se lo lleven al mayordomo. Este milagro había quedado en secreto. El mayordomo hace como de *testigo*; los milagros necesitan testigos. Mártir significa testigo. El mayordomo, que no sabe de dónde viene llama al novio, lo cual es muy curioso porque el novio aquí no había aparecido. Llama al novio como si el novio hubiera realizado el milagro. Es un modo que tiene San Juan de decirnos que *el novio es Jesús*, por eso decimos que María, que no es novia, ni es la novia de la boda, sin embargo, San Juan nos está haciendo un guiño y nos está diciendo que los esposos, los protagonistas de la boda, son Jesús y su madre *María Santísima, que hace de esposa*, que hace de la Iglesia. Como va a ocurrir en la Cruz; Jesús va a hacer de esposo, María va a hacer de Iglesia, va a hacer de esposa para que *nosotros nos convirtamos también en la esposa pura y santa*.

Así que viene la felicitación a Jesús, «*tú has guardado el vino bueno hasta ahora*». Y esto es algo que tenemos que aprender de Jesús: «lo bueno siempre está por llegar». *Jesús siempre guarda lo mejor para el final*. Muchas veces tenemos la experiencia en la vida de que empezamos con mucha ilusión las cosas, nos casamos con ilusión, empezamos un trabajo con ilusión, y pronto vamos perdiendo la atracción hacia eso. Cuando vivimos con Jesús es al revés, nos enamoramos cada vez más de nuestra vocación, de nuestro trabajo, de nuestros hijos, de nuestros esposos. La vida no decae, la vida no afloja sino al revés, la vida va llevando cada vez más a plenitud y esta experiencia es muy importante. Con Jesús el vino bueno viene al final de un modo muy especial; *el Cielo que nos es prometido y que nos aguarda*.

Así que, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, «*manifestó su gloria*» dice San Juan, y creció la fe de sus discípulos en Él. Para eso son los signos, para eso son los milagros, para eso estamos haciendo esta meditación: *para que crezca nuestra fe y para que se haga patente la gloria del Señor, el poder que nos lleva a confiar en Él*.

Jesús bajó a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y no se quedaron allí muchos días. Es muy bonito ver como María, Jesús y los apóstoles habían venido por

separado y se van todos juntos. *Jesús nos une* como discípulos, nos une a María, que es la que ha adelantado la hora, es la que ha podido realizar este milagro, es la que ha hecho posible este gran signo.

Cuando hagamos esta meditación pensemos en todas estas cosas, es muy importante invitar a María y a Jesús a nuestra vida, para cuando falten las alegrías, vuelvan alegrías aún mayores. Pensemos que hemos de confiar mucho en María que nos lleva a Jesús, en su omnipotencia suplicante, en su grandísimo poder. En lo importante que es colaborar con Jesús, por eso hacemos Ejercicios Espirituales. Lo más importante de los Ejercicios no es lo que nosotros hacemos, pero es necesario que nosotros nos ejercitemos para que el Señor haga milagros.

Colaboremos con Jesús y hagamos las cosas a perfección, llenemos las tinajas hasta arriba. Pongamos de nuestra parte lo que podamos hacer, que es muy poco, para que Jesús haga lo mucho. Confiemos muchísimo en el poder de Dios que nos quiere llenar de las alegrías en esta vida, para llevarnos a las alegrías eternas. Estamos llamados a vivir habitualmente enamorados, a vivir en una boda, que de esto se trata la Sagrada Escritura; que Jesús nos está preparando, embelleciendo para ser la esposa perfecta con la que Él se quiere desposar.

No nos preocupe el dolor, el sufrimiento, que llegará en la cruz. Caná de Galilea se complementa, otra vez aparece la mujer, otra vez aparece su fe, otra vez aparece la hora, otra vez aparece la sangre, el vino que va a brotar del costado del Señor.

En esta vida hay boda, hay Cruz, pero todo nos lleva a los bienes de la Redención, los bienes de nuestra salvación, los bienes de la eternidad que nos es prometida. Disfrutemos esta boda, vamos a Caná de Galilea, vamos al capítulo segundo de San Juan. Metámonos ahí con la composición de lugar, imaginémonos en una boda. Imaginemos la tristeza de aquellos que han visto cómo las alegrías humanas, mundanas (y no lo digo en el sentido peyorativo, sino las alegrías de este mundo) se acaban, para, invitando a Jesús y a María, poder experimentar cómo *ellos garantizan la alegría que no se acaba* y que va «in crescendo», *que va yendo a más*.

Que Dios les bendiga.